



Revista
NÓMADE

Los Filósofos

Charles Palissot de Fontenoy

Versión:

Mg. Gonzalo Jiménez Mahecha





LOS FILÓSOFOS

CHARLES PALISSOT DE FONTENROY

VERSIÓN:

Mg. Gonzalo Jiménez Mahecha

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO
SAN JUAN DE PASTO
2021**





LOS FILÓSOFOS

PERSONAJES

CIDALISA
ROSALÍA
DAMIS
VALERIO
TEOFRASTO
DORTIDIO
MARTON
CRISPÍN
SEÑOR PROPICIO
SEÑOR CARONDAS

*La escena sucede en París.**

* El original está en verso. (N. de T.).



ACTO I

Escena 1.- DAMIS, MARTON.*

DAMIS.- No, no vuelvo de este vértigo. ¡Romper un matrimonio acordado!

MARTON.- Le digo que todo ha cambiado.

DAMIS.- Y ¿entonces?

MARTON.- Pero aun así, aquí se trata de un oficial; nuestro proyecto es no aceptarlo. Se quiere un marido cortado de un material diferente; en resumen, se toma un marido filósofo.

DAMIS.- ¿Qué dices, Marton?

MARTON.- Lo asombro, pero ¿no sabe que los ausentes se equivocan? Tres meses han traído muchos cambios: quizás en tres meses se van a ver otras cosas. Ahora, va a poder reaparecer bien, pero, hasta entonces, nada. Hoy, a pesar del pleito que debía terminar con su matrimonio, sin apelación la manzana es para el prudente.

DAMIS.- ¡La forma en que se cambia, en un momento!

MARTON.- Señor, toda mujer es un animal cambiante. Se podrían calcular los días de Cidalisa por los diferentes gustos de los que se prenda su alma: a veces se marea, alegre hasta el exceso; otras veces está seria y enfadada por los arrebatos; coqueta, si la hubo, casi hasta el escándalo, y recatada para aturdir con su amarga moralidad; corre al baile de noche y en el día a los sermones; a veces, los directores y, a veces, los bufones. Eso era en la buena época, pero hoy, cuando el tiempo da paso a otras costumbres y quiere un tono más prudente, la señora hace poco ha reformado su casa. Ya solo hay extravagancia a fuerza de razón. Primero, se ha desterrado esa burda alegría, las delicias de los comerciantes y alimento del vulgo; en las cenas decentes, a lo más se sonríe. Si hay tedio, al menos es con ingenio. En lugar de vodeviles, a veces se admite el concierto de los prudentes, las arias grandes y difíciles, pues todavía se necesita algo de diversión, pero, señor, el punto fuerte es el razonamiento. En algún momento, en el grupo, se habla de política; en fin, todo ha desaparecido en la metafísica.

DAMIS.- Por muy pesado que sea este extraño retrato, a los rasgos de tu pincel entrego a Cidalisa; te creo, pero, ¿qué hace Rosalía?

MARTON.- Lo que hacemos todos, señor; se fastidia.

DAMIS.- ¿Su corazón se ha rendido a los deseos de mi rival?

MARTON.- No, ese corazón es suyo. El amor lo ha protegido de todos los intentos de un rival temerario, pero su suerte depende de la decisión de una madre, hechizada hasta el punto de que ya no tengo esperanza. Perdóneme estas palabras; lo veo como debe verse.

DAMIS.- Ella fue mi amiga y eso todavía me halaga...

MARTON.- Señor, el alma bella es todo lo que ella adora. Esa es una enfermedad desconocida a los veinte años, pero muy fuerte a los cincuenta. Con el tiempo, una vez más se podría esperar un retorno de la sabiduría, si hubiera alguien en contra de esta debilidad, cuando hasta cierto punto ella ha avanzado. Al principio, yo misma lo

* El original está en verso.



esperaba, pero sepa todos nuestros males y aquellos que van a seguirlos. Aquí, entre nosotros...

DAMIS.- ¿Bien? ¿Qué?

MARTON.- La señora ha escrito un libro.

DAMIS.- ¡Bien!

MARTON.- Que incluso ahora se imprime de incógnito.

DAMIS.- ¿Algún folleto?

MARTON.- No: un volumen, en cuarto.

DAMIS.- Le aconsejo mucho que se mantenga en el anonimato, pero, en estas hermosas almas a las que Cidalisa estima, entonces ¿no se tiene bastante derecho, no es bastante sencillo, mostrarle el exceso de un error tan grande, para desilusionarla?

MARTON.- ¡Ellas! Se ríen de ella; todos han conspirado para arruinar su cabeza; sobre todo su rival. Como conoce su gusto, no se limita a aplaudirla en todo; la lleva a que la admiraran los señores, sus semejantes, todos unos charlatanes hábiles y aduladores agradables, a los que les encanta presidir en su círculo, para cargar allí con sus errores y aquí llevar a que la vanidad dirija a una mente crédula, que tienen el arte de endurecer contra lo ridículo.

DAMIS.- ¿Y dices que son filósofos?

MARTON.- Sí; aún de la mayor apariencia. París está llena de ellos, pero, para establecer mejor su crédito con la señora y para llegar mejor hasta el fondo de su alma, le asignan los puestos vacantes en la casa. A la señora siempre va a complacerla su elección, siempre guiada por una sana razón, cualquiera fuese. Sin embargo, sospecho que algún secretario, al que Cidalisa recibe como erudito, no tiene otra labor que la de un intrigante, que oculta a un bribón, y estar allí con un motivo, pero, de todos modos, tarde o temprano voy a aclararlo.

DAMIS.- Entonces, ¿qué motivo tienes para juzgarlo tan mal?

MARTON.- O me equivoco o, para servir sus fervores, aquí lo patrocina su rival.

DAMIS.- ¿Qué hombre es ese?

MARTON.- Un bribón que finge franqueza y, sin embargo, me han dicho, es un nativo de Pézenas, llamado con el pomposo nombre de Señor Carondas, reconocido como sabio, al menos por su palabra, todo erizado de griego y términos académicos, que utiliza para todo esa extraña jerga y cita sin cesar a Homero o Licofrón.*

DAMIS (*riendo*).- ¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja!

MARTON.- Lo describo según su carácter.

DAMIS.- Ese Señor Carondas es de mal augurio, pero con tu ayuda y la de Crispín...

MARTON.- ¡Qué! ¿Crispín está aquí?

DAMIS.- En verdad, sí. Mi designio era unirlos; lo sabes y espero que vas a servirme lo mejor que puedas.

MARTON.- Deja que lo hagamos. Crispín es muy hábil; lo voy a aprovechar.

DAMIS.- Cuento con tu empeño.

MARTON.- ¡Oh!, señor, cuente con eso. Le declaro la guerra a la filosofía.

DAMIS.- Marton, voy a deberte mi felicidad en la vida, pero... ¿No puedo por un momento?...

* Licofrón: poeta y gramático griego del siglo III a. C. (**N. de T.**).



MARTON.- ¡Ah! Lo veo venir. Vaya, señor; el amor ha sabido advertirlo: se viene; allí está Rosalía.

Escena 2.- ROSALÍA, MARTON, DAMIS.

DAMIS.- Tras tres meses de ausencia, cuando retorno aquí, guiado por la esperanza, a reclamar una palabra prometida a mi fervor, me han dicho que, celoso de mi felicidad, un rival se atreve a disputarme el único bien al que aspiro. Que, con él, conspira su madre contra mí. ¡Ah!, al menos tranquiliza mi corazón desesperado.

ROSALÍA.- ¿Duda que el mío esté menos penetrado por ella? Veo con dolor este cambio extremo y sufro otro tanto, pero, en fin, lo amo. Como tal, al menos tengo alguna esperanza. ¿Quién podría resistir a dos amantes unidos? Mi madre lo quería. Al verlo, quizás, en su corazón combatido, va a renacer la amistad. Sobre este corazón, antes tenía más poder, ¡lo sé! Damis, le corresponde conmovirlo; vaya y, para colmar la felicidad que espero, le debo aún las bondades de mi madre.

MARTON.- ¡Hermosos sentimientos!, pero yo no me fiaría de eso.

ROSALÍA.- Déjeme en mi error.

MARTON.- No, por medio de las luchas es preciso volver a la razón a Cidalisa.

DAMIS.- Aún así, es necesario intentar lo que se ha iniciado.

MARTON.- Sí; ¡son un buen medio los suspiros y las lágrimas! ¡Oh! La filosofía endurece demasiado los corazones.

ROSALÍA.- ¡Yo no lo hubiera creído! Sin embargo, si mi madre me inmolaba sin volver a los designios de Valerio; si, al fin, este plan se ha probado bien, ¿por qué aún no se ha declarado? ¿Quién puede retenerlo?

MARTON.- Me enfadaría. Aún no ha llamado al notario, es cierto; no se ha invitado a los testigos, de acuerdo; también, faltan algunas formalidades, consiento en ello; puede ser que el día aún no se ha fijado; lo convengo. Sin embargo, ¿ella no soporta el homenaje bastante público que él le rinde a sus encantos? ¿Ni siquiera se obsesiona con eso todo el tiempo?, pero, no; estaba equivocada: eso era solo una idea.

ROSALÍA.- ¡Ay! Marton, ¿puedes entristecerme así?

MARTON.- Yo había soñado.

DAMIS.- Marton...

MARTON.- Cuentos, que todo esto es palabras lanzadas al aire.

DAMIS.- Marton...

MARTON.- Visión quimérica, absurda.

ROSALÍA.- Pero, Marton...

MARTON.- No, esto es terror pánico, ilusión, le digo.

ROSALÍA.- En verdad, Marton, esta broma cruel no está de moda.

MARTON.- Yo estaba equivocada.

ROSALÍA (*en ademán de salir*).- ¿Sigues? ¡Bueno! Yo...

DAMIS (*la detiene*).- Rosalía.

ROSALÍA.- No, señor, esto es demasiado.

DAMIS.- Quédese, se lo ruego.

MARTON.- ¡Ah! Entonces, ¿se enfada? En verdad, está muy bien hecho, pero razonemos un poco. Dime, por favor, ¿debía haberlo engañado? Sé muy bien que la duda suspende



la impresión de los males que se temen, que es muy natural alejar el peligro y aligerar siempre la carga. Yo misma sería la primera en halagarla. Me cuidaría de cerrar los ojos a la luz, sin el interés apremiante que aquí me habla en su nombre. Perdona, pero, en verdad, los amantes son necios. Tranquilos sin motivo, desesperados sin causa, nadie descansa en un justo equilibrio y la sangre fría a menudo les aconseja mucho mejor que ese amor al que se pinta con una venda sobre los ojos.

DAMIS.- ¡Cómo! ¡Claro, ahí está la filosofía!

MARTON.- Dicen que se aprende a aullar en compañía, cuando se frecuenta a los lobos. El proverbio tiene razón. Esa es una enfermedad que se ha extendido en toda la casa, pero dejemos por un momento esta idea importuna. (*A Rosalía.*) Aquí, hagamos las paces. ¿No quedará resentida? ¿Me lo promete?

ROSALÍA.- ¡Oh! Te lo prometo.

MARTON.- Y yo a estar atenta a todos sus intereses. Usted, señor que, sin inquietudes y sin angustia en el alma, pasaría su vida en ver a la señora, debe retirarse, e incluso con prontitud. Considere que es pleno día en este apartamento, que aquí podríamos arriesgarnos a alguna sorpresa y que es necesario mostrarle primero a Cidalisa, antes que pensar en otras citas.

DAMIS.- Con tan dulce esperanza, corro a prepararme. Dejo en tus manos la felicidad de mi vida. Adiós, querida Rosalía, mi adoración.

Escena 3.- ROSALÍA, MARTON.

MARTON.- Usted, nada de debilidad. Vamos, nada de languidez. Señora, la firmeza se impone a la desdicha.

ROSALÍA.- ¡Si pudieras sentir cuánto odio a Valerio!

MARTON.- Sí, Damis se va de aquí, pero a su madre le importa, sobre todo, hablar con fervor. Si ama a Damis, fue con su consentimiento; al menos, lo supongo.

ROSALÍA.- Sin duda.

MARTON.- Como se sabe, las muchachas no hacen nada sin la opinión de las familias, esa es la regla. Por tanto, es necesario declarar sin rodeos por uno todo su desprecio y por el otro su amor.

ROSALÍA.- ¡Oh! Sí.

MARTON.- ¿Siente esa firmeza de espíritu?

ROSALÍA.- En verdad, Marton.

MARTON (*malévola*).- Vamos, la escucho, señora.

ROSALÍA (*temerosa*).- ¡Ah! Marton...

MARTON.- ¡Cómo! Ese es un muy buen comienzo. Eso promete.

ROSALÍA.- Además, ¿por qué asustarme? En la necesidad, el amor va a darme valor.

MARTON (*la imita*).- ¡El amor! Sí, los dos van a hacer un buen trabajo. Parece, en verdad, con ese aspecto avergonzado, que una palabra dicha al azar...

ROSALÍA.- Pero, al fin, vas a verlo.

MARTON.- El amor no va a sacarte de apuros, es demasiado torpe. Piense en su odio; ese es el sentimiento que debe inspirarla y es importante que la penetre bien. Además, no sé si el amor, que temo, en verdad, es la más querida de nuestras pasiones, pero eso es solo debilidad y timidez. El odio solo es fervor y vivacidad. Uno abate, el otro anima



y, de hecho, en un corazón femenino, yo la creería mucho más natural. Todavía no conoce este sentimiento. Que su corazón solo lo sienta hoy. Vaya, quiero a Crispín y siento por Valerio..., pero esto ya no es un juego y veo a su madre.

ROSALÍA.- ¿Vas a apoyarme?

MARTON.- Sí.

Escena 4.- CICALISA, ROSALÍA, MARTON.

CICALISA.- Retírese, Marton. Tome mis llaves y vaya a cerrar mi Platón. Tengo la cabeza entorpecida con su mundo ideal. Esperaba al instante mi enciclopedia; ese libro ya nunca debe salir de mi gabinete. (*A Rosalía.*) Quédese; quiero hablarle en secreto. (*A Marton.*) Déjenos solas.

MARTON (*a Rosalía*).- Vamos, firme, y muestre su valor.

CICALISA.- Obedezca, Marton.

Escena 5.- CICALISA, ROSALÍA.

CICALISA.- Rosalía, es bella y prudente y yo siempre le he mostrado mis bondades. Al fin, voy a saber si las merece. No consulto ese sentimiento vulgar, amor de prejuicio, trivial, popular, que se cree ha surgido de la sangre que habla en nosotros y que, en el fondo, solo es una mentira bastante dulce, una debilidad...

ROSALÍA.- ¡Eh, qué! La voz de la naturaleza, ¡qué! De todos modos, esa impresión tan conmovedora y tan pura, ese primer deber, ese augusto vínculo (voy a definir mal lo que siento tan bien), ¿puede ser que el corazón de mi madre desconozca hoy este sacro carácter? ¡Ah! Recuérdeme sus sentimientos pasados. Cuando los analiza, los debilita.

CICALISA.- Como cualquier otra, creí en esas vanas quimeras, dignas del sentido común, que guiaba a nuestros padres. Crédula, feliz incluso en mi ceguera, autómatas y engañada, seguía la corriente. Empiezo a sentir, a pensar, a conocer. En fin, si la quiero se debe a la calidad de ser, pero bien puede imaginar que otro individuo solo tendría un derecho menos amplio sobre mis bondades.

ROSALÍA.- Me destroza el corazón. ¡Ah!, señora, permítame, soporte que, de rodillas, su hija reclame un derecho más legítimo y títulos más dulces. ¿Por qué romper los vínculos que nos ataban a las dos? Juzgue su poder por mi turbación y por mis lágrimas.

CICALISA (*algo conmovida*).- ¡Hija!... ¡Eh, qué! ¡Aquí el error tiene tantos encantos! Me compadece. Consulte la razón. Estas puerilidades ya no están de moda. Reconozco sus derechos sobre el corazón de una madre, pero los ennoblezco y, si le soy querida, si aquí también tengo algunos derechos, excluyo en esto el azar, que le dio la vida.

ROSALÍA.- No puedo soportar ese funesto lenguaje. A las dos nos causa un ultraje muy sensible. ¿Qué? ¡Yo! ¿Cree que alguna vez voy a poder olvidar que mi vida es una de sus bondades? No...

CICALISA.- Sobre todo, el cuidado que he tenido de su inteligencia debe merecer su reconocimiento; allí está el objeto digno al que tienden todos mis deseos. Enseñarle a pensar, eso quiero. Conciba la fortuna de ampliar su genio, de abrir la visión a la claridad de la filosofía, de disipar la noche en que sus sentidos se han hundido, ¡para liberar a su razón del yugo de los prejuicios! Hija, mi amor quiere procurarle este gran arte de



existir, que solo corresponde a los prudentes, cuya sólida ventaja conozco, este momento de la razón, con la que he sabido iluminarme. Yo había acordado su matrimonio con Damis. Pequeños intereses me habían decidido. Relaciones de fortuna, un proceso a terminar, recuerdo que entonces todo parecía que los unía. Así es como se lleva a cabo la mayoría de los negocios, pero, de todos modos, hoy rompo esos vínculos vulgares. Damis tiene sentido común, virtudes, honor, tiene lo que en rigor exige el mundo: no todo mortal se ha hecho para alcanzar lo sublime; sin embargo, en el fondo se le debe la estima, pero, hija, también le debo otro esposo, aquí mucho más conveniente y más digno. Valerio tiene lo necesario para complacer y para seducir; es poco que la amen y sabrá instruirla; en una palabra, mi corazón lo ha elegido.

ROSALÍA.- Así, señora, ¿olvida que antes Damis tuvo su reconocimiento y el de mi padre?

CIDALISA.- ¡Su padre! Es cierto que apenas lo he pensado. De hecho, ¡agradable autoridad la suya! Era el ser más terco que ha producido la naturaleza. Carente de talento, carente de esplendor, una especie de máquina que avanzaba por hábito y pensaba por rutina, que tenía la apariencia de pensar y nada pensaba, en serio inquieto por los detalles relativos a su bien y de otro millar de inquietudes puramente domésticas; defensor enfadoso de los prejuicios góticos, rústico en sus costumbres, que unía, a la vez, la arrogancia de su vestuario y el tono más burgués; que hablaba solo con peso y medida y siempre se subía a la magistratura y, fuera de su tribunal, hubiera pensado en suprimir; que, como Dandin,* tenía la furia de juzgar, pero, en fin, ha muerto y dejemos sus cenizas en paz.

ROSALÍA.- ¡Ah!, señora, piense...

CIDALISA.- ¿Va a defenderlo? Un padre solo es un hombre y, con sensatez, se pueden notar sus faltas y hablar libremente al respecto.

ROSALÍA.- Si esos son los derechos de la filosofía, permítame que renuncie a ellos y para toda mi vida. Señora, yo perdería demasiado si me ilumino así; me atrevo a admitirlo. También, a favor de Damis, dígnese permitir que todavía le recuerde sus primeras bondades, que su hija le implora.

CIDALISA.- No, hija, Valerio es la pareja que le he elegido y desde esta noche será su esposo. Esos vínculos van a engalanar el curso de su vida. En cuanto a sus prejuicios sobre la filosofía, es preciso habituarse contra ellos, con mi ejemplo. El tiempo y la razón van a poder sanarla. Está en esa edad en la que se empieza a vivir y, entonces, todo resulta sombrío, pero va a leer mi libro. En resumen, trato del espíritu, el sentido común, las pasiones, las leyes y los gobiernos; la virtud, las costumbres, el clima, los usos, los pueblos civilizados y los pueblos salvajes; el aparente desorden, el orden universal, la felicidad ideal y la felicidad real. Examinó atenta los principios de las cosas, el encadenamiento secreto de los efectos y las causas. Le escribí a propósito un hondo capítulo, que quiero titular: "Los deberes tales como son". Por último, en lo moral, es una enciclopedia y Valerio lo llama un libro genial. Será muy feliz con este esposo. Un día sabrá lo que hago aquí; va a agradecerme. Señorita, adiós y piense en obedecerme.

* Dandin: puede referirse a una obra teatral de Molière. (N. de T.).



Escena 6.- ROSALÍA, MARTON.

ROSALÍA (*sin ver a Marton*).- ¡Cuán mortal es este dolor! ¿Qué puedo resolver? ¿Qué hacer? ¡Ah! Ahí está, Marton.

MARTON.- Sí, lo oí todo, pero ¡qué tontería! ¡Qué error!

ROSALÍA.- Ya solo debo morir.

MARTON.- Es una broma: ¡morir! Se burla de mí y eso ya no sirve. No se lo soporta, ni siquiera en las novelas.

ROSALÍA.- Pero, en fin...

MARTON.- Cállese y vuelva en sí. Después de todo, ¿había esperado esta crisis?

ROSALÍA.- Ahora, mi alma no se ha conmovido menos.

MARTON.- ¿Asume tan poco el resultado de mis cuidados?

ROSALÍA.- ¡Ah! Marton...

MARTON.- Empiece por estar menos afligida. Dígame, se lo ruego, si sus deseos se cumplen, ¿de qué le habrá servido este bello pesar?

ROSALÍA.- Sí, si hay un resultado, pero ¿quién me va a responder por eso?

MARTON.- Entonces, va a llorar todo lo que quiera, incluso la voy a ayudar y nada tendré que decir, pero, hasta entonces, ¿quién le prohíbe que ría? En cualquier caso, siempre está muy bien hecho y, cuando todo vaya mal, creo que se precisaría. Al menos ese es mi estado de ánimo. El pesar me incomoda. Lo creo inútil y soy su antípoda. En la vida, es preciso pensar menos en esto y siempre hay un error cuando se quiere la aflicción, pero vamos a concertar una feliz agudeza. Venga y vamos a ver si, en este gran día, la filosofía, cualquiera fuera su mérito, va a poder resistir contra Marton, Crispín y el amor.



ACTO II

Escena 1.- VALERIO, SR. CARONDAS.

VALERIO.- Frontín.

SR. CARONDAS.- Ese maldito nombre va a traer algún error, ya se lo he dicho y, ante Cidalisa, va a ocurrir que me llame así. ¡Frontín! ¡Para un erudito, hermoso nombre! Piénselo, señor, solo se necesitaría esa imprudencia para dar al traste con la filosofía.

VALERIO.- De acuerdo.

SR. CARONDAS.- También, debemos eliminar entre nosotros los matices muy familiares, ya que, en fin, según lo afirma, los hombres son iguales por derecho de la naturaleza y yo, aunque fuera Frontín, soy su igual.

VALERIO.- Te juro que ese es mi sentir.

SR. CARONDAS.- Lo apruebo con firmeza. Siempre había pensado que las leyes estaban mal e incluso, en algún capítulo, Cidalisa no resulta tan mal para mi gusto...

VALERIO.- Hermoso título de la opinión de una loca, con la que en un momento habría que adoptar cualquier otro sentimiento; que solo sabe palabras y nada tiene en la cabeza.

SR. CARONDAS.- Pero, aquí entre nosotros, señor, ¿su libro es tan tonto?

VALERIO.- Lamentable.

SR. CARONDAS.- El estilo...

VALERIO.- En exceso enfadoso.

SR. CARONDAS.- Sin embargo, la halaga con el resultado más brillante.

VALERIO.- Sin duda.

SR. CARONDAS.- ¿Y el público?

VALERIO.- Sabemos indicarle cómo es preciso pensar, hablar, juzgar, escribir; lo decidiremos fácilmente.

SR. CARONDAS.- De acuerdo, pero es necesario amansarla, adularla.

VALERIO.- No, nunca. Para ganarlo, hay métodos más seguros.

SR. CARONDAS.- ¿El medio?

VALERIO.- Por ejemplo, se la injuria. Este es un recurso que han encontrado nuestros sabios; el secreto es cierto y lo hemos probado. Dentro de poco, vas a verlo tú mismo, sorprendido; vamos a alzar hasta el firmamento el nombre de Cidalisa; cinco o seis rasgos atrevidos, indignantes, escandalosos, van a producir un efecto maravilloso en su libro. Es preciso añadirlos.

SR. CARONDAS.- ¡Bueno! ¡La estratagema es nueva! Y cómo probarle que esos rasgos son suyos.

VALERIO.- ¿Y el resto? Primero, ella va a defenderse con decoro; luego, se creará la autora.

SR. CARONDAS.- No sé, pero, por mí, me sonrojaría hasta el alma...

VALERIO.- ¿Has olvidado que Cidalisa es una mujer? Créeme; supón incluso una trampa más burda, el amor propio es crédulo y puede confiar en él. En este punto, las mujeres son incluso bastante sinceras.

SR. CARONDAS.- Señores, los buenos espíritus les deben poco, pero, después de todo, ¿creen que con cinco o seis rasgos debemos esperar el resultado más feliz?



VALERIO.- Sin duda y, aquí entre nosotros, esta idea no es nueva. ¿No lo prueba el libro de Crates? * Nunca la producción alcanzó este esplendor. Todos se lo arrebatan y todavía lo hacen: en todas partes se le cambia el título a un libro peligroso y, sin embargo, sabemos que Crates es un buen hombre.

SR. CARONDAS.- Es cierto.

VALERIO.- Cidalisa va a alcanzar más favor. Nunca se juzga a su sexo con rigor. Algunos de estos rasgos que se dicen al oído, ¡harán gritar maravilla al público aturdido! Quiero que incluso Crates tenga celos de ella y nada es más fácil, pues todos la protegemos.

SR. CARONDAS.- Bueno, señor, aunque nutrido en su escuela, simplemente había admirado de palabra la obra y al autor, pues, después de todo, palabra por palabra, ella solo ha escrito lo que le dijo.

VALERIO.- ¡Tonto!, pero, señor, si las leyes lo advirtieran, van a perseguirnos por esos hermosos pasajes añadidos a su libro. Tendría el placer de oír que la alaban; ¿eso no es algo? Después de todo, sale a renegar. Además, el amor a la verdad va hasta el heroísmo. Estas grandes e imponentes palabras de error, de fanatismo, de persecución, vendrían en su ayuda. Es un recurso que se utiliza y siempre da resultado. ¿No tenemos todavía el ejemplo del Sócrates oprimido y condenado por su patria ingrata? Todos nuestros admiradores hablarían a la vez.

SR. CARONDAS.- Pero, señor, ese Sócrates obedecía las leyes.

VALERIO.- Sí, la filosofía aún en su inicio de prejuicios al menos conservaba la apariencia, pero ya no queremos eso.

SR. CARONDAS.- Entonces, ¿todo está permitido?

VALERIO.- Excepto contra nosotros y contra nuestros amigos.

SR. CARONDAS.- ¡Vivan el bello espíritu y la filosofía! Nada se ha inventado mejor para tornar la vida más llevadera.

VALERIO.- ¡Cómo! ¿La virtud se ubicaba en peñascos? ¿Quién podía escalarlos? Al hombre no se lo reconocía. Este rey de los animales, sin guía y sin brújula, erraba en el océano del mundo por voluntad de Eolo, pero, al fin, sabemos cuál es su móvil verdadero. La atracción de la felicidad siempre guía al hombre y la fuente la encuentra en sus pasiones. Sin ellas, el móvil detenido en su curso languidecería tristemente atado en tierra. Este poder desconocido, este principio oculto, no ha podido escapar de la filosofía y, en fin, la moral se somete al genio. Del globo donde vivimos, déspota universal, solo es un resorte, el interés personal; solo él preside todos nuestros sentimientos; él ilumina y guía nuestras elecciones. Libre de prejuicios, pero dócil a su voz, el salvaje atento lo sigue hasta las honduras de los bosques. El hombre civilizado reconoce su imperio; en una palabra, él manda en todo lo que respira.

SR. CARONDAS.- ¡Qué! Señor, ¿solo se debe oír al interés?

VALERIO.- La naturaleza lo ha convertido en una necesidad.

SR. CARONDAS.- Yo sentía algún pesar por engañar a Cidalisa, pero veo claramente que eso está permitido.

VALERIO.- La fortuna te llama y debes confiar en su palabra.

SR. CARONDAS.- Sí, señor.

* Crates: filósofo griego, discípulo de Diógenes de Sinope y, como él, seguidor de la escuela cínica. (N. de T.).



VALERIO.- La franqueza es la virtud del tonto.

SR. CARONDAS (*que se prepara para robarlo*).- Sí, señor..., pero aun siento algún escrúpulo, que trataría de detenerme.

VALERIO.- ¡Prejuicio ridículo, del que es preciso librarse!

SR. CARONDAS.- ¡Qué! ¿En verdad?

VALERIO.- Se trata de ser feliz y no importa cómo.

SR. CARONDAS.- ¿En serio?

VALERIO.- Pero, sin duda, cuando halagas a Cidalisa, cumples con un deber que autoriza la costumbre. ¿No es preciso halagar cuando se desea complacer a las personas? Ver bien tus intereses es tener sentido común. Lo superfluo de los necios es nuestro patrimonio. En el fondo, lo que le dijo un corsario al rey de Macedonia es muy cierto. (*El Sr. Carondas, hurga en el bolsillo de Valerio.*) Sí, señor. Todos los bienes deberían ser comunes, pero hay medios para cobrarle a la suerte. Se puede corregir con habilidad la propia estrella y es una debilidad atormentarse con un eterno escrúpulo. (*Valerio se da cuenta de que Carondas quiere robarlo.*) Pero, ¿qué haces?

SR. CARONDAS.- El interés personal... Ese principio oculto..., señor..., que nos inspira y que, en fin, manda en todo lo que respira...

VALERIO.- ¡Qué! Traidor, ¡vas a robarme!

SR. CARONDAS.- No. Recorro a mi derecho, todos los bienes son comunes.

VALERIO.- Sí, pero sé más hábil. Hay ciertas desdichas a las que se arriesga, cuando alguien lo sorprende.

SR. CARONDAS.- Sí, voy a cuidarme.

VALERIO.- Señor Frontín, esto debe ser una lección, pero como ya no debía llamarlo por ese nombre, piense en servirme cerca de Cidalisa. Hasta aquí, todo va bien; me ha prometido a su hija. Sabe cuáles son mis sentimientos al respecto, así que siga halagando sus talentos. Sus términos académicos han hecho maravillas; tiene que aturdir sus oídos cada vez más con esa jerga erudita que le da resultado. Carece de caudal y aquí puede hacerse a una pequeña fortuna, que voy a tener cuidado en aumentar, si mis deseos tienen el efecto que tengo derecho a esperar. Adiós, sea discreto y voy a ser generoso.

Escena 2.- SR. CARONDAS, solo.

SR. CARONDAS.- Mi primer intento no ha sido el más afortunado. Todavía estoy muy lejos de alcanzar a mi modelo y el destino me llama a un rango secundario.

Escena 3.- CIDALISA, SR. CARONDAS.

CIDALISA (*sin ver a Carondas*).- Allí he logrado deshacerme de él. ¡Cuánto pesa la ociosidad cuando queremos pensar! Entre todas esas cosas molestas que me obsesionaban, no entreví el germen de una idea. En este punto, no se puede ultrajar al sentido común, pero es preciso sufrirlo todo de los padres. (*A Carondas.*) ¡Ah! Ya está aquí. ¡Bueno! Tome su sitio. Mi libro va a aparecer, se espera el prefacio y es preciso trabajar en ello. Sin embargo, me hubiera gustado que tuviéramos aquí a Valerio.

SR. CARONDAS.- Señora, él me deja al instante y hablábamos al respecto, embriagados.



CIDALISA.- ¿Hablaban sobre mi libro?

SR. CARONDAS.- Habla sobre ello sin cesar. Dice que es un título para la inmortalidad; va a eclipsar a la docta antigüedad. No me atrevo a medir mi voto con el suyo, pero la admiración me invade en cada página.

CIDALISA.- ¿Eso le satisface?

SR. CARONDAS.- Allí se pasma mi alma. Su libro se ha nutrido de un saber tan hondo que me haría creer en el demon de Sócrates.

CIDALISA.- Allí se conoce.

SR. CARONDAS.- Sí, señora, me siento halagado, pero enseñeme ¿cómo lo hizo? Debe saber todo lo que se ha escrito.

CIDALISA.- Con mucha gente que he conocido y es pura coincidencia.

SR. CARONDAS.- Estaba inspirada. ¡Qué! ¿No ha leído al sabio Vossius?*

CIDALISA.- No, nunca.

SR. CARONDAS.- ¿A Casaubon?*

CIDALISA.- Menos.

SR. CARONDAS.- ¿A Grocio?*

CIDALISA.- De ningún modo. ¿Esos son los libros para una mujer?

SR. CARONDAS.- En verdad, me sorprende cada vez más, señora. ¡Qué! ¿Nada de eso?

CIDALISA.- No, nada; le digo, nada.

SR. CARONDAS.- Pero habla de leyes mejor que Triboniano.* ¡Oh! Para Triboniano, conviene...

CIDALISA.- Lo ignoro.

SR. CARONDAS.- Al menos, ¿conoce a Tales, a Anaxágoras?

CIDALISA.- No.

SR. CARONDAS.- ¿*El hijo natural*?*

CIDALISA.- En eso, de acuerdo. Es de esos escritos que se deben citar primero.

SR. CARONDAS.- No quiero erigirme aquí como juez, pero lo hubiera juzgado igual, por el título.

CIDALISA.- Esa es también mi opinión y, de hecho, creo que con menos rasgos se anuncia una obra excelente. Es algo... que se apodera de nuestra alma... Eso se siente...; en fin, es la atracción del genio.

SR. CARONDAS.- Lo entiendo. Se trata del vapor de un guiso que despierta a la vez el aroma y el gusto.

CIDALISA.- Sí; sin embargo, la comparación es demasiado vulgar.

SR. CARONDAS.- Es de Licofrón.

CIDALISA.- ¡Ah! Eso es otro asunto. Volvamos a mi prefacio. Vamos, le voy a dictar. (*Tras un silencio y enfática.*) Escriba. “He vivido”. No, ese es un mal comienzo. Borre, “He vivido”. Póngase cómodo. (*Amarga.*) ¡Ah! Señor Carondas, su pluma es mala. (*Piensa.*) “He vivido” no vale nada.

SR. CARONDAS.- Yo estaría satisfecho con eso. ¡“He vivido” dice mucho!

CIDALISA.- No, señor; quisiera un comienzo más pomposo y más filosófico.

* Isaac Vossius (1618-89), erudito neerlandés, con una biblioteca privada que incluía preciados manuscritos; Isaac Casaubon (1559-1614) erudito clásico y filólogo, en Francia e Inglaterra; Hugo Grocio (1583-1645), jurista, escritor y poeta neerlandés; Triboniano (c. 500-542), jurista y estadista bizantino; *El hijo natural* (1757): obra teatral de Denis Diderot. (N. de T.).



SR. CARONDAS.- Señora, esa sencillez es enérgica.

CIDALISA.- No, no, busco un giro que sea menos familiar. (*Malhumorada.*) Nadie ha escrito nunca en ese papel. Así que borre, señor; su tinta es odiosa. (*Piensa.*) ¡No voy a poder encontrar un giro más favorable! (*Impaciente.*) ¡Ah! Después de todo, Valerio debería estar aquí. Nunca me siento tan ingeniosa como con él. (*Piensa.*) ¡Qué! ¿Ni siquiera una idea? ¡Ah! Esto es un suplicio.

SR. CARONDAS.- Señora, el genio tiene sus jornadas de capricho y esto me recuerda unas palabras de Suidas,¹ que dice con elegancia...

CIDALISA.- ¡Eh! Señor Carondas, deje a los muertos en paz. Yo tenía un trazo sublime (*piensa*) que se me escapa. Espere..., claro, sí; este giro expresa... (*Impaciente.*) Escriba. No, la frase es demasiado oscura. Nunca sentí esta esterilidad. ¡Qué oficio! Terminemos. En fin, renuncio. El impresor va a esperar, llévele mi respuesta. No, regrese. Al fin, lo encontré: allí estoy. Pronto, escriba, señor: "Joven, tome y lea". "Joven, tome y lea". ¿El giro es único? ¿Qué piensa, señor?

SR. CARONDAS.- ¡Sublime, magnífico! Ese es el tono del genio y de la verdad.

CIDALISA.- Cuando lo leo, olvido todo lo que me ha costado. ¡"Joven, tome y lea"! Es inimitable y Valerio va a estar increíblemente feliz.

SR. CARONDAS.- Con un leve estremecimiento siente que se inquieta. "Joven, tome y lea". Va a hablar el oráculo; la naturaleza se manifiesta aquí, en sus ojos. No, nada es tan sublime y, sin embargo, tan modesto.

CIDALISA.- Pero, ¿qué desea, Marton?

Escena 4.- CIDALISA, MARTON, SR. CARONDAS.

MARTON.- Señora, Damis, pide verla.

CIDALISA.- ¡Qué momento tan malo! Iba a terminar sin él. ¡El importuno! No se me permite completar una obra.

MARTON.- Valerio va a terminarla.

SR. CARONDAS.- ¿A qué llama terminar? Señora, la obra ya está, para no volver a ella. La doy en diez años a nuestros mayores genios.

CIDALISA.- Sí, tiene razón. Haga veinte copias. ¡Ah! Al fin respiro y pude liberarme de eso. "Joven, tome y lea". Sí, Damis puede entrar.

Escena 5.- DAMIS, CIDALISA.

CIDALISA.- ¿Allí está de regreso?

DAMIS.- Sí, aquí regreso, señora, a quejarme y a abrirle mi alma. Veo muy bien, y con dolor, que he perdido mis derechos en el fondo de su corazón y que, al final, su amistad se ha enfriado, pero la mía nunca se ha negado; permítame que le recuerde a su memoria una esperanza que el tiempo no debió desterrar. Sabe hasta qué punto me es

¹ Suidas: lexicógrafo griego, que se cree que vivió alrededor del siglo X; solo se conoce su *Léxico histórico*, una recopilación poco juiciosa, pero a la que se deben muchos fragmentos de autores antiguos y detalles interesantes sobre la historia literaria. [B]



cara su hija; al menos, es su reconocimiento y el de su padre, que hoy reclamo a favor de mis fervores, ya que, en fin, necesito que me apoye.

CIDALISA.- Lo admito, el título es bastante legítimo; convengo en mis errores y en que mi estima y esta amistad que nos unía, para mí no fueran aún sentimientos muy dulces, y esto es lo que primero hubiera debido decirle, pero he establecido vínculos cuyo encanto me atrae y he seguido durante mucho tiempo errores frívolos de un mundo que quería. La edad ha cambiado mis costumbres y hoy, enteramente en la filosofía, libre de los prejuicios que corrompían mi vida, ya cuando solo existo para la verdad, Damis, me he formado una sociedad, poco numerosa, es cierto: vivo con sabios y aprendo a pensar cuando leo sus obras: elegí a uno de ellos para mi hija y, esta noche, esa feliz unión debe colmar mi esperanza; aquí debe juzgar si, aunque soy su amiga, debo inmolarle la felicidad de mi vida.

DAMIS.- No, por su felicidad daría mi vida y la misma amistad va a inspirarme siempre, pero, en fin, ¿cuáles dice son esas raras ventajas asociadas al trato con los sabios? De ningún modo tomo por ellos a un montón de charlatanes que, en las borriquetas, se ve que convocan a los transeúntes, que ponen un rótulo a su filosofía: todos esos destacados desafían mi razón. Ese vano aparato seduce al vulgo. Yo soy una de esas personas que prestan poca atención al ruido y puedo distinguir con claridad al amigo de la sabiduría del pedante que enronquece cuando la pregona sin cesar.

CIDALISA.- Sé cuánto desprecio se les debe a los pedantes y no los confundo con los verdaderos sabios. Ahórrese, señor, esa amarga sátira; los que puedo nombrar, Teofrasto, Valerio, Dortidio, en fin, todos son bastante conocidos...

DAMIS.- Entre ellos, solo conozco a ese Dortidio. ¡Qué! Señora, ¿él es uno de ellos?

CIDALISA.- ¿De dónde viene esa sorpresa?

DAMIS.- Le digo que lo conocí; disculpe mi franqueza: al parecer, entonces ocultaba bien su juego, pero solo era un tonto, casi porque él mismo lo admitía. Alguien me lo mostró y, a pesar de su gesto y los chatos cumplidos que le dirige en su presencia y lo dulce aderezado con sus melosas palabras, en verdad, no he visto nada tan milagroso. A pesar de su tono dispuesto y su aire hipócrita, no me ha tentado creer en su mérito y, para describirlo en dos palabras, lo he encontrado solo un frío entusiasta que resulta imponente para los tontos.

CIDALISA.- Este juicio le hace daño a su inteligencia y este Dortidio honra a Francia; entre los sabios, su nombre siempre tuvo crédito y no sé por qué todos hablan mal, pero dejemos este tema. Debo hablarle y honrar estas raras ventajas, que debo a la relación con los sabios. Quizás, tras eso, va a ser menos riguroso. De todos modos, al menos, tiene que aprender a conocerlas. Yo tenía prejuicios que degradaban mi ser; en vano mi razón quería liberarse de ellos y pronto volvía el hábito. Los terrores más vanos me declaraban la guerra, creía en los espíritus, le temía al trueno, me sonrojo ante estos absurdos, pero, al fin, nos adormecen estas frivolidades y solo su impresión es la más duradera. Nuestra educación, frívola, despreciable, lejos de iluminarnos sobre lo verdadero o lo falso, solo es el peligroso arte de enmascarar nuestras faltas. ¡Ay!, mis ojos se han abierto. ¡Quizás demasiado tarde! A estos hombres divinos les debo un nuevo ser. El azar presidía mis empeños, estaba en las leves inquietudes con todos mis parientes y los niveles entre ellos regulaban las preferencias. Este orden iba hasta mis conocimientos. Tenía todas estas fallas y muchas más aún; en fin, mis sentimientos han



tomado otro impulso. Mi espíritu, al que la filosofía ha saneado, ve el universo a lo grande, lo adoptó como patria y, al aprovechar mi sensibilidad, ya solo voy a contar con la humanidad.

DAMIS.- No sé, pero, en fin, aunque le disguste, esa palabra “humanidad” apenas me convence y tantos bribones la repiten que creo que están de acuerdo en que se adopte. Tienen algún interés en ponerla de moda. Este es un velo, a la vez honorable y conveniente, que enmascara la nulidad de sus sentimientos y provee un bello exterior a su aridez. He visto a pocas de esas personas que la pregonan sin cesar, para que los desdichados fueran más tiernos, se muestren más fervientes, ante la necesidad de los amigos, sean más generosos o más compasivos, den algo de menos importancia a los beneficios, expresen más indulgencia por las faltas de los demás, consoliden el mérito, busquen los medios, se conviertan, en una palabra, en mejores ciudadanos y, a decir verdad, de hecho, sospecho de que ellos quisieran al género humano, pero para no querer a nadie.

CIDALISA.- Está muy enfadado con esa humanidad.

DAMIS.- Se abusa mucho de eso y me indigna. Este es un sentimiento muy grande para el corazón del hombre y, a veces, por un agradable contraste, he visto este sistema ultrajado por sus partidarios más cálidos, que aprecian a todo el universo, excepto a sus hijos.

CIDALISA.- En verdad, señor, los sabios son dignos de lástima y aquí hay un adversario temible para ellos. Esta época y la patria pueden aplaudirlos y, por el bien que han hecho, es mejor aturdirse y servir de intérprete y de órgano a la envidia.

DAMIS.- ¡Eh! ¿Qué bien ha producido esa filosofía? No descubro esos brillantes resultados. Veo, en torno a mí, a pequeños destacados quienes, para tener un tono, alistados en la secta, creen que han perdido su calidad de insecto. Cuando se creen una corte y los admiradores, para desgracia de las artes, convertidos en protectores que no se despiertan ante los rasgos de la sátira, y sin adivinar nada en esas carcajadas, que los persiguen en todas partes, cuando alaban, admiran todo en otros países y se honran en envilecer a su patria: ¿se clama por esos resultados?

CIDALISA.- Admiro sus razones y tienen gran peso y allí me da ejemplos de elección, de hecho muy dignos de apoyar su causa, pero ¿un abuso alguna vez prueba algo? ¿Se debería renunciar debido a unos importunos?

DAMIS.- Señora, esos abusos se han convertido en muy comunes. Preveo extrañas catástrofes para las costumbres y me alarman tantos filósofos.

CIDALISA.- Siga, señor, siga en su opinión. No hay remedio para la prevención; ¡eh!, tendría escrúpulos para pensar en otra forma. ¿Qué puede lograr la razón sobre un espíritu crédulo?

DAMIS.- Señora, se cree que lo ha dicho todo con esa palabra. Crédulo se ha convertido en el equivalente de tonto: a los ojos de mucha gente, al menos algo está claro. Para mí, que estas gentes apenas persuaden y que su tono burlón nunca espanta; señora, tengo mi opinión y, si no les agrado, me quejo, pero de ellos. Creo en lo que es preciso creer; me atrevo a declararlo, debo hacerlo y me precio de ello. Esos señores pueden reír y, sin humillarme, es necesario darles el derecho a alegrarse, pero yo, a mi vez, me atrevo a encontrarlos ridículos y a menudo la estupidez ha traído a los incrédulos.



CIDALISA.- Allí habla como un sabio y lo aplaudo; está muy bien hecho que tenga una opinión, pero, sin perdernos en estos temas elevados, sé lo que les debo a los talentos, a las luces, de esos hombres de bien a los que persigue.

DAMIS.- Por tanto, le han enseñado grandes verdades. Yo no lo creía. Tienen el arte de destruir, pero no alcanzan nada y eso no es instruir. ¿Qué fruto espera de sus vanos argumentos? Solo preveo muy bien los efectos aflictivos. Irá tras sus pasos de sofisma en sofisma, a perderse en la noche de un triste pirronismo. ¡Ah! Señora, renuncie a esos perturbadores; a ellos se los debe llamar perseguidores. Abjure de un error que le es ajeno y, al final, retome su verdadero carácter.

CIDALISA.- Así, ¿ya lo dijo todo? Admiro el sentido común y la solidez de sus razonamientos. Su mérito brilla con un lustre muy alto, pero he tomado mi decisión. De ningún modo tendrá a mi hija. Adiós, señor. *(Sale.)*

DAMIS.- ¡Ah! ¡Cielos! ¡No sé dónde estoy!

Escena 6.- CRISPÍN, DAMIS.

CRISPÍN.- ¡Eh! Bueno, ¿este paso ha tenido frutos felices? ¿Nos casamos, señor? Cidalisa, sin duda...

DAMIS.- Acabo de hablarle, Crispín, ¡pero cuánto me cuesta! Debo renunciar a este matrimonio.

CRISPÍN.- ¿Cómo?

DAMIS.- Me han echado.

CRISPÍN.- ¿Qué? El..., ¿formalmente?

DAMIS.- Sí, muy formalmente, Crispín.

CRISPÍN.- ¡Sabemos cómo complacer, señor, y Valerio nos echaría! ¿No hay remedio?

DAMIS.- ¡Oh! No veo ninguno.

CRISPÍN.- ¡Bien! No lo piense: lo veo cien a uno. Solo es preciso raptar a Rosalía. Ese es el más corto.

DAMIS.- Crispín, ¡qué locura es esa! ¿Crees que ella lo consienta? y ¿la conoces bien para hablarme así?

CRISPÍN.- Probaba ese medio, pero, como le desagrada, debe recurrir a lo más seguro en este asunto. Iré a buscar a Valerio y, ¡córcholis!, querría hablarle de tal forma que logre que abandone la casa esta noche.

DAMIS.- De hecho, sería la decisión más sabia, pero ¿Cidalisa?

CRISPÍN.- ¡Eh! ¿Bueno?

DAMIS.- Allí solo verá un ultraje y esa es precisamente la forma de amargarla, el secreto para perderme y ya nunca volver.

CRISPÍN.- Vamos, entonces depende de mí un feliz atrevimiento, iluminar a Cidalisa y perseguir a todos esos charlatanes que le echan a perder el alma. Con ella, a mi vez, tendré algo de crédito y, por poco que Marton secunde la empresa, pronto va a verla sometida a la razón.

DAMIS *(primero alegre)*.- ¡Ah! Crispín..., pero ¿cómo se puede confiar en ti?



CRISPÍN (*enfático*).- Quiero que ella dude entre Valerio y yo. Aún no conoce todo mi mérito; ve aquí al Estrabón de un nuevo Demócrito.²

DAMIS.- ¿Tú?

CRISPÍN.- El mismo, señor; ya desempeñé más de un oficio: un sabio se dignó asociarme a sus obras y algún día mi nombre hubiera estado en el listado; al menos, me halagó, cuando era su copista.

DAMIS.- ¿Cómo?

CRISPÍN.- Ya tenía algunos admiradores; ¡ah!, ¡cuánto daño me ha hecho huir de los honores, para vivir en los bosques! Le debo la justicia de que nunca conoció la intriga y el artificio. En su filosofía era terco y, en el fondo, lleno de rectitud y sinceridad. Un animal a la vez misántropo y cínico; en verdad, era un tonto de única especie.

DAMIS.- ¡Ah! ¿Puedo oírte en la turbación en que estoy?

Escena 7.- DAMIS, MARTON, CRISPÍN.

MARTON.- Vamos, señor, es preciso aclarar estas inquietudes; pronto, la alegría.

DAMIS.- ¡Cómo! ¡Qué quieres decir!

MARTON.- Primero, señor, es preciso empezar por reír.

CRISPÍN.- Sí, riámos, eso está bien dicho.

DAMIS.- ¡Estoy desesperado!

MARTON.- ¡Bien! No lo piensa y lo ve muy oscuro.

CRISPÍN.- Pero, de hecho, creo que ella tiene algo de vértigo.

MARTON.- Anímese.

DAMIS.- Marton...

MARTON.- Anímese, le digo.

DAMIS.- ¿Qué ha ocurrido?

MARTON.- Ya lo sabrá; venga. Sí, lo puse en el rango de los amantes afortunados.

² Estrabón: célebre geógrafo griego, de Amasia en Capadocia, nacido en 50 a. C.; pertenecía a una familia que había jugado un papel bajo los antiguos reyes del Ponto. (...) Había compuesto unas *Memorias históricas* (perdidas) y una *Geografía*, en 17 libros, cuya mayor parte nos ha llegado. (...) Estrabón gozó de tal autoridad en la Edad Media que solo se le llamó Geógrafo. [B]



ACTO III

Escena 1.- DAMIS, MARTON, CRISPÍN.

DAMIS.- ¡Aún no puedo volver de mi sorpresa! Entonces, Marton, ¿así engañaban a Cidalisa?

MARTON.- Al final, espero que ella oirá a la razón.

DAMIS.- ¡Oh! Ya no lo dudo, ¡esta nota es muy buena! ¿Qué no te debo por este descubrimiento?

MARTON.- ¡Señor, la feliz ocasión para que se abra esta puerta! En verdad, lo acechaba observando y, desde hace mucho tiempo, siempre había dicho que él era uno de los suyos. Yo lo hubiera afirmado.

CRISPÍN.- Es aquel que se llama Frontín: primero, con ese nombre hubiera reconocido al hombre.

MARTON.- Pero ¿quién se va a encargar de elaborar ese escrito?

DAMIS.- Tú.

MARTON.- ¿Yo? Señor, me perdería en su espíritu. Nunca me voy a atrever.

DAMIS.- Marton...

MARTON.- Para mi ama, ¡una nota de este estilo! ¡Oh! No, de ningún modo debilidad, pues eso me costaría demasiado.

DAMIS.- Pero...

MARTON.- Palabras superfluas; no lo haré.

DAMIS.- Ni yo.

CRISPÍN.- Yo tampoco.

MARTON.- Además, debe ser devuelto en su presencia o no tenemos nada.

DAMIS.- Así es.

CRISPÍN.- Silencio. Cidalisa, creo, ¿nunca me ha visto?

MARTON.- No.

CRISPÍN.- ¿Soy un desconocido en toda la casa?

MARTON.- Sí.

CRISPÍN.- A la vez, quiero presentarme y complacerlo. Deme esa nota y tomaré el asunto en mis manos. Vaya, señor, vaya y podré servirle.

MARTON.- Pero, en realidad, veo que lo podrá alcanzar.

CRISPÍN.- Solo quiero a Marton como premio por mis servicios. ¿A qué no me atrevería con esos auspicios?

MARTON.- Vienen, esa es la reunión y los dos apártense.

DAMIS.- Confío en tu esmero para alcanzar mis deseos.

MARTON.- ¡Eh! Pronto, apártense, pues temo la sorpresa.

Escena 2.- LOS FILÓSOFOS, MARTON.

MARTON (*con una profunda reverencia*).- Señores, voy a anunciarlos a Cidalisa.



Escena 3.- LOS FILÓSOFOS.

TEOFRASTO (*a Valerio*).- ¡Eh! Bueno, ¿al fin se ha decidido la boda?

VALERIO.- Sí, me caso esta noche. Se ha convocado al notario.

DORTIDIO.- ¡Diantre!, eso me encanta.

TEOFRASTO.- ¡Deja que te felicite!

DORTIDIO.- En verdad, esta fortuna se debe a tu mérito.

TEOFRASTO.- Sí, a pesar del despecho de todos los envidiosos.

DORTIDIO.- En el fondo, podías esperar mucho más.

VALERIO.- Señores.

DORTIDIO.- No, lo creo y es sin halagos.

VALERIO.- Quiere...

DORTIDIO.- Sabemos cómo honrar tu genio.

VALERIO.- ¡Ah! Me confundes con esos cumplidos.

DORTIDIO.- Pero esa es la verdad.

VALERIO.- Si tuviera tus talentos, si reuniera tus sublimes cualidades, entonces esos elogios llegarían a ser legítimos.

TEOFRASTO.- En fin, ¿y la futura está de acuerdo?

VALERIO.- Con pesar, pero, ¿a mí qué con su secreto disgusto?

TEOFRASTO.- Sin duda, con el tiempo la tendrás dócil.

DORTIDIO.- Se necesita que Rosalía tenga el gusto difícil.

VALERIO.- No sé qué rival me disputa su corazón, pero, en el fondo, Cidalisa solo tiene más fervor.

DORTIDIO (*riendo*).- Cidalisa... está de acuerdo en que la víctima es muy buena.

VALERIO.- Que mi boda culmine y se lo dejo. Yo moría si el asunto se hubiera prolongado más y, en este punto, nunca se excedió a las personas.

DORTIDIO.- Yo, una vez concluya tu boda, por honor, me retiro.

TEOFRASTO.- Bueno, yo también me voy; ¡ese es el medio de allí ser suficiente! (*A Valerio.*) Tú, al menos, animado por la esperanza, podías encontrar una razón, hastiarte por el deber y el amor...

VALERIO.- ¡Sí, el amor! ¡Eso es lo que me tienta!

DORTIDIO.- ¡Diantre!, se casa con diez mil escudos de renta.

VALERIO (*a Teofrasto*).- ¡Qué! ¿Me encuentras el tono de un enamorado? A mi edad, eso sería un terrible ridículo. Hoy se vuelve de ese error común y se piensa en el placer, pero después de la fortuna.

TEOFRASTO.- En verdad, tiene razón.

DORTIDIO.- Pienso como él.

VALERIO.- Sin eso, ¿hubiera podido soportar el hastío que me obsesionaba sin cesar junto a esta loca? Si ella hubiera sido Venus, hubiera dejado al ídolo. ¡Oh! No me rindo ante esas cosas.

TEOFRASTO.- Se le debería advertir que cambiara sus aires; antes era menos difícil vivir con ella. ¿Por qué ha cambiado?

VALERIO.- Pero eso fue después de su libro.

TEOFRASTO.- ¡Qué! ¿En serio va a llevarlo a que lo impriman?

VALERIO.- Sí.



TEOFRASTO.- Si no desiste, será preciso encerrarla.
 DORTIDIO.- ¿Sabes bien que, si es necesario, este rasgo podría bastar, si alguna vez pensaste en prohibírselo?
 TEOFRASTO.- ¿Conoces su discurso sobre “Los deberes de los reyes”.
 VALERIO.- ¡Ah! No me lo recuerdes, lo releí veinte veces; en todo momento, era necesario soportar esa tormenta.
 DORTIDIO (*en serio*).- Sin embargo, entre nosotros, ese es su mejor trabajo. ¿Crees que ella lo escribió?
 VALERIO.- ¡Bueno! Quieres bromear. ¡Y puedes presumir de ello!
 DORTIDIO.- Te digo que está bien, pero muy bien.
 VALERIO.- Quieres reír. Ese es un absurdo que llega hasta el delirio.
 DORTIDIO.- Si yo pensara así, lo diría en voz muy baja.
 VALERIO.- ¡Qué va!, tu aspecto serio no me convence.
 DORTIDIO (*enfadado*).- En fin, el señor decide y todos deben callar.
 VALERIO.- Pero, por el tono que adoptas, te creería el padre.
 DORTIDIO.- ¡Eh! Bueno, si fuera cierto...
 VALERIO.- En verdad, tanto peor para ti.
 DORTIDIO (*más enfadado*).- Pero, mi señorito.
 VALERIO.- Lo digo de buena fe.
 DORTIDIO.- Yo podría llegar a unas difíciles verdades.
 VALERIO.- Siempre, cuando hay una equivocación, se llega a las injurias.
 DORTIDIO.- Me saca de mis casillas.
 VALERIO.- Y, además, río.
 DORTIDIO (*furioso*).- ¡Ah! En fin, esto es demasiado.
 TEOFRASTO.- ¡Eh! Señores, por favor...
 DORTIDIO.- ¡Original broma, para atacarme!
 TEOFRASTO (*se interpone entre los dos*).- Señores, no imitemos a los pedantes de Molière. Déjenme los dos que los amiste.
 VALERIO.- Yo tengo razón.
 TEOFRASTO (*a Valerio*).- Sin duda.
 DORTIDIO.- Y yo no me he equivocado.
 TEOFRASTO (*a Dortidio*).- En realidad, no, pero de todos modos podríamos oírlo y ya Cidalisa hubiera podido sorprendernos.
 DORTIDIO.- La estima que siempre debería animarnos...
 TEOFRASTO.- Señores, no se trata de estimarse; todos nos conocemos, pero, al menos, la prudencia desea que conservemos la apariencia de amistad. A través de estos bellos exteriores nos imponemos y, si nos dividimos, estamos perdidos. Debemos prescindir de ciertas bagatelas. ¡Vaya!, alguien viene hasta nosotros. Olviden sus querellas.

Escena 4.- CICALISA, LOS FILÓSOFOS.

CICALISA (*con un libro en la mano*).- Perdón, si he tardado; me ocupaban y estos son siempre mis momentos más dulces. Sentémonos, señores: ¡ah! ¡Ahí está, Valerio! Me acaban de traer el proyecto del notario y va a estar satisfecho con él.



VALERIO.- Señora, sabe que es el más querido de mis deseos y, al formar estos hermosos vínculos, es fortalecer aún más la amistad que nos une.

CIDALISA.- Le debo la felicidad que ha llegado a mi vida y le cumplo, pero, señores, hace un momento hablaban con fervor. ¿Qué tema tan importante podía dividirlos? Al menos, creí haber oído que discutían.

VALERIO (*algo turbado*).- Es cierto.

CIDALISA.- ¿Sobre qué discutían con tanto interés?

VALERIO.- Puesto que se debe reconocer, aquí está su objeto.

CIDALISA.- ¿Yo?

VALERIO.- Sí. Esta calidez lo atestigua.

CIDALISA.- ¿Qué?

VALERIO.- ¡Ah! No puedo decir más al respecto. No sé alabar en presencia de las personas. Hablen, señores, hablen.

TEOFRASTO.- ¿Lo permites?

VALERIO.- Lo consiento.

TEOFRASTO.- En siglos pasados, se buscaba un genio con el que pudieran compararla. Yo citaba a Aspasia* y el señor se ha molestado por la comparación.

VALERIO.- La encuentro chocante y esta es mi razón. Aspasia una vez pudo brillar en Atenas, pero allí la filosofía apenas florecía. Todos los pueblos, afectados con su nuevo esplendor, tuvieron que postrarse en torno a su cuna; entonces, todo sorprendió. Talentos comunes brillaban con poco aporte, en esos siglos vulgares, pero en nuestros días el espíritu ha avanzado tanto; es tan difícil, tras tantos resultados, ponerse al nivel de aquellos hombres célebres, debido a quienes la barbarie ha visto huir sus tinieblas, que no puedo soportar sin enfadarme que aún se la comparara con Aspasia. (*A Teofrasto.*) Así que compare las épocas y vea dónde está.

TEOFRASTO.- Pero nunca las comparaciones son perfectas.

VALERIO.- Vamos, se ha equivocado.

TEOFRASTO.- Lo siento y ello me sonroja.

CIDALISA.- En eso, no vaya a pedir mi opinión; sé demasiado...

VALERIO (*con tono de sentimiento*).- Sabemos que es sublime.

DORTIDIO.- Esos son nuestros sentimientos, pero ¡cómo los expresa él! Todo lo sabe embellecer.

CIDALISA (*vivamente*).- ¡Ah! Esa es la verdad.

VALERIO (*le besa la mano*).- Entonces, ¿me disculpa esta vivacidad?

CIDALISA.- Debería reñirlo, pero su espíritu me desarma; no se lo puede soportar y me encanta.

DORTIDIO.- Nadie sabe mejor cómo tornarse interesante.

VALERIO.- Veo que el genio siempre es indulgente.

CIDALISA.- Señor Dortidio, ¿hay algunas novedades?

DORTIDIO.- No me inquieto por los reyes y por sus querellas: ¿qué me trae el resultado de un asedio o de un combate? Le dejo esos asuntos de Estado a nuestros ociosos. Me inquieta poco el país en el que vivo. El verdadero sabio es un cosmopolita. Se considera

* Aspasia (470-c. 400 a. C.): maestra de retórica y logógrafa, de gran influencia en la vida cultural y política de la Atenas del siglo V. (N. de T.).



a la patria y ese es el único vínculo... ¡Entonces hago poco caso de ello! Eso es limitarse a ser ciudadano. Lejos de esos grandes contratiempos que asolan el mundo, el sabio vive en su casa en una profunda paz; aparta la mirada de esos objetos de horror; es su único monarca y su legislador; nada puede alterar la felicidad de su ser: depende de los grandes calmar las turbaciones que causan.

TEOFRASTO.- Lo ve como filósofo y eso es verlo como es preciso.

CIDALISA.- Nunca se halla su espíritu en falta.

VALERIO.- Señora, él tiene razón. El espíritu filosófico no debe apartarse ni siquiera de la política. Esas guerras y esos tratados, todas esas pequeñeces importantes, se sumergen poco a poco en el abismo de los tiempos. Todo eso desaparece ante la antorcha del genio y, si podemos hablar sin falsa modestia, se la exceptúa, y nosotros, no descubrimos nada que pueda ser objeto de una conversación honesta.

CIDALISA.- Sí, en verdad, esas son las miserias.

TEOFRASTO.- Que es preciso dejar a los espíritus vulgares.

CIDALISA.- No apelaré a su autoridad. Por cierto, ¿se habla de alguna novedad?

VALERIO.- Solo preservamos una.

CIDALISA.- Sin duda, una obra maestra.

VALERIO.- Señora, ese es un descubrimiento, una nueva vía, que uno de nosotros trata de trazar, un género donde el genio tiene algo en qué ejercitarse.

CIDALISA.- ¿Una tragedia?

VALERIO.- Sí, puramente doméstica, como las queremos.

CIDALISA.- Yo le temería a la crítica; contra las novedades, siempre tiene razón; y el público...

VALERIO.- En verdad, decide como un ansarón; lo sabemos bien, pero le haremos la guerra.

CIDALISA.- No sé, el gusto antiguo aún se mantiene en la platea.

VALERIO.- Arriesgamos, es cierto, sobre todo los primeros días, pero haremos un ruido que ensordecera a la gente. Tenemos amigos que, de logia en logia, clamarán por un milagro y forzarán las alabanzas; además, ¿no tenemos el resultado de las cenas?

CIDALISA.- Sí, no pensaba en eso, y me engañan.

VALERIO.- Tenemos tanta gente que se dedica a nosotros, tantos autores modestos que por orgullo nos elogian que estoy seguro que, con un poco de incienso, les haríamos a todos abjurar del sentido común.

TEOFRASTO (*riendo*).- ¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja!, esa es la pura verdad.

VALERIO.- Sin bromear, claro que no apostaré por eso.

CIDALISA.- Y, al fin, ¿esa obra maestra la esperaremos durante mucho tiempo?

VALERIO.- Nos ocupan inquietudes más importantes.

CIDALISA.- ¿Qué?

VALERIO.- Dicen que cierto autor quiere representarnos en una comedia.

CIDALISA.- El empeño es audaz.

DORTIDIO (*fervoroso*).- ¡Representarnos! Pero, en verdad, ese es un crimen de Estado; ¡representarnos!

VALERIO.- Podremos defendernos de ese ataque.

CIDALISA.- ¡Ah! Todo el público...

DORTIDIO.- Podríamos equivocarnos y lo hemos maltratado; si nos lo iba a devolver.



CIDALISA.- ¡Ah! Alzarían la voz todos los magistrados.
TEOFRASTO.- Hemos diferido con esas gentes de las leyes.
CIDALISA.- Pero el tribunal de justicia...
VALERIO.- Nunca aceptará nuestra querella; hemos obrado ligeramente con él.
DORTIDIO.- Va a ver que será preciso decirle algo al autor.
TEOFRASTO.- Sí, al menos podría intentárselo, si él tiene miedo.
VALERIO.- Lo peor, señores, es esperar la tormenta; hasta entonces, difamemos tanto al autor como a la obra; armemos la mano de los necios para vengarnos de él; ataquemos de forma más segura recurriendo a otros. ¿No se puede ganar a los actores y las actrices? Tendremos un partido hasta entre bastidores. Excitar los rumores de la camarilla y mostrarnos, incluso en el camerino, a los ojos de los espectadores. Conozco al público, solo tenemos que aparecer: nos temen.
CIDALISA.- Eso está bien dicho: aquel que lo desafía es el amo, pero nuestro buhonero tarda mucho en llegar. Debería estar aquí: ¿quién puede haberlo detenido?
DORTIDIO.- Tal vez espera.
CIDALISA.- Es preciso que le avisen.
TEOFRASTO.- Justamente, allí está.

Escena 5.- CIDALISA, LOS FILÓSOFOS, SR. PROPICIO.

CIDALISA.- Entre, señor Propicio. ¿Tiene alguna novedad?
SR. PROPICIO.- No corro detrás, señora. ¿Ha leído “Les bijoux indiscrets?”* Es una sátira bastante filosófica, al menos según dicen.
CIDALISA.- Su idea es cómica, pero eso no es nuevo.
SR. PROPICIO.- Eso siempre se vende.
CIDALISA.- Sigamos.
SR. PROPICIO.- ¿Conoce la “Lettre sur les sourds?”*
CIDALISA.- El autor me lo dio.
DORTIDIO.- Allí brilla todo su mérito.
SR. PROPICIO.- ¿No querría al padre de familia? Eso no es muy bueno.
DORTIDIO (*irónico*).- Lo conoce.
SR. PROPICIO.- Pero el público lo dice y le creo bastante. Para “Le Livre des mœurs”,* recuerdo, señora, habérselo vendido. (*Lee los títulos.*) “Réflexions sur l’âme”.
CIDALISA.- Veamos. Los conozco. ¿Eso es todo?
SR. PROPICIO.- De hecho, no. “L’interprétation de la nature”.*
CIDALISA.- Bueno. Ese es un libro excelente.
DORTIDIO.- ¡Sublime!
TEOFRASTO.- ¡Necesario!
CIDALISA.- Lo conservo; alguien tomó mi ejemplar.
SR. PROPICIO.- Este es el “Discours sur l’inégalité”.*

* *Les bijoux indiscrets* (1748): novela de Denis Diderot; *Lettre sur les sourds* (1751), ensayo de Diderot; *Livre des mœurs*, propiamente *Essai sur les mœurs* (1754-58), obra de Voltaire; *L’interprétation de la nature* (1753), obra de Diderot; *Discours sur l’inégalité* (1755), obra de Jean-Jacques Rousseau.



CIDALISA (*lo toma*).- ¡Ah! Lo releeré con avidez. ¿Cuál es ese otro escrito?... Allí... ¿Que veo a la cabeza?

SR. PROPICIO.- Señora, eso no es nada; es el pequeño profeta.

CIDALISA.- ¡Ah! ¡Ah! Lo recuerdo; es muy divertido.

SR. PROPICIO.- Sí, es una broma infinitamente agradable. ¿Ya no espera nada de mi breve servicio?

CIDALISA.- No, me quedo con este. Buen día, señor Propicio.

Escena 6.- CIDALISA, LOS FILÓSOFOS.

CIDALISA.- ¡Ah! Entonces, voy a releer mi libro favorito.

VALERIO.- ¡Qué! ¿“L'inégalité”? Ese es el mío también.

TEOFRASTO.- Ese libro es un tesoro; reduce a todos los hombres al rango de los animales y eso es lo que somos. El hombre se ha vuelto esclavo al darse las leyes y todo sería mejor si viviera en los bosques.

CIDALISA.- A mí, me gustaría un puro placer para ver que todos regresamos al estado de la naturaleza.

TEOFRASTO.- ¡Los espíritus están muy hundidos en el error todavía y los retienen tantos prejuicios...! ¡Hay tantos sabios que no tienen el material para eso...!

CIDALISA.- Pero, Marton, ¿qué desea?

Escena 7.- CIDALISA, MARTON, LOS FILÓSOFOS.

MARTON.- Señora, un filósofo pide hablarle.

CIDALISA.- ¿Se llama?

MARTON.- Crispín.

CIDALISA.- El nombre es singular.

DORTIDIO.- Sí, ¡diantre!

CIDALISA.- Pero, en fin. Los nombres no prueban nada; ¡ah! ¡Cielos! ¡Qué sorpresa!

Escena 8.- CIDALISA, LOS FILÓSOFOS, MARTON, CRISPÍN.

CRISPÍN.- Señora, ella no tiene nada que me moleste. Ya no me guío por las opiniones y eso es el feliz fruto de mis reflexiones. La filosofía, un gusto al que todo cede, me ha llevado a elegir el estado cuadrúpedo a propósito: sobre estos cuatro pilares, mi cuerpo se sostiene mejor y veo menos tontos que me lastiman los ojos.

CIDALISA.- Al menos es original en su sistema.

VALERIO.- Y es muy agradable.

MARTON.- Yo siento que lo amo.

CRISPÍN.- Al civilizarnos, lo hemos perdido todo, la salud, la felicidad e incluso la virtud. Por tanto, me encierro en la vida animal; si ven mi cocina, es simple y frugal. Es cierto que no es posible satisfacerse con menos, pero he sabido enriquecerme con la pérdida de las necesidades. Antes, la fortuna me parecía injusta y he llegado a ser más feliz, más fuerte que todos esos cortesanos ablandados en el lujo, cuyo precio total, en fin, conocen las mujeres. Señora, enterado de la acogida que les da a los sabios, vine a presentarle



mis respetos y a invitar a estos señores, tal vez, a que me imitaran, al menos si mi ejemplo basta para tentarlos.

CIDALISA.- A través de su locura, ¿saben que es posible desembrollarse del espíritu?

DORTIDIO.- Pero mucho.

MARTON.- Yo diría del genio y nunca me ha gustado un filósofo así.

TEOFRASTO.- Esto es lo que buscábamos; un hombre convencido de que, con su sistema, y desafiante a la crítica, quiere unir la práctica a las especulaciones.

CIDALISA.- En el fondo, este sería un hombre a quien respetar, pero se siente que los prejuicios nos detienen.

CRISPÍN.- Mi resolución les puede parecer extraña.

CIDALISA.- A decir verdad, da un ejemplo muy raro, pero su entusiasmo solo puede ser halagador; es filósofo e incluso con rigor.

CRISPÍN.- Dejé de consultar las modas, creí que las vestiduras debían ser cómodas y nada más. Aún en un clima muy caluroso...

TEOFRASTO.- Señor, aquí se juzga al hombre por lo que vale y no por los vestidos.

CRISPÍN.- En verdad, así piensa un sabio.

CIDALISA.- Pero, ¿quién puede venir ahora?

Escena 9.- SR. CARONDAS, CIDALISA, LOS FILÓSOFOS, CRISPÍN, MARTON.

SR. CARONDAS (*mira mucho a Crispín y trata de avergonzarlo*).- He completado mi mensaje, señora... y el notario... llega en un momento.

CIDALISA.- ¿Qué le ocurre?

SR. CARONDAS (*señala a Crispín, oculto un poco detrás de Cidalisa*).- Y aquí ¿qué es este simpático animal?

CIDALISA.- Este es un gran filósofo y va a estar en la fiesta.

CRISPÍN.- En verdad..., señora...

SR. CARONDAS (*a Valerio*).- ¡Ah! ¡Maldita bestia! Nos han descubierto.

VALERIO.- ¡Eh! ¿Cómo?

SR. CARONDAS.- Ese es Crispín, el criado de Damis.

CRISPÍN (*se yergue*).- ¡Eh! Sí, señor Frontín; hable en voz alta; sí, es él.

CIDALISA.- ¿Qué es este misterio?

CRISPÍN (*señala a Valerio*).- El criado del señor es su secretario y utilicé este disfraz para poner una nota importante en sus manos (*señala al señor Carondas*.) Sorprendida en casa de este bribón.

CIDALISA (*abre la nota*).- Conozco la escritura (*a Valerio*): es la suya.

CRISPÍN.- Lea, se lo ruego.

VALERIO (*a los filósofos*).- ¡Ah! ¡Estamos perdidos!

CIDALISA (*lee en voz alta, pero con una voz alterada, que va debilitándose poco a poco*).- Te envío, querido Frontín, esta colección de impertinencias, a las que Cidalisa llama su libro. Siga halagando a esa loca, a quien impone tu sabio nombre. Teofrasto y Dortidio me acaban de hablar sobre un excelente proyecto que hará que se perturbe su cabeza y para el cual nos serás necesario. Sus ridículos, sus defectos, su...

CRISPÍN (*aparte*).- Ella baja la voz y no va a seguir, por lo que preveo.

SR. CARONDAS.- ¡Ah! ¡Crispín traidor!



DORTIDIO (*a Valerio*).- La aventura resulta enfadosa, pero estamos hechos para eso.
VALERIO.- ¡Qué espantosa desgracia! ¿Qué podemos decirle? Salgamos.
CIDALISA.- Lea, señor, lea y justifíquese después, si se atreve. ¡Así que era la víctima de sus seducciones! ¡Y mis ojos se abren al borde del abismo! ¿Qué les había hecho para que me trataran así? Váyanse, pues sus días ya no aparecen por aquí. Su confusión le basta a mi venganza. Ingratos; otros quizás serán menos indulgentes. Esta es la última esperanza de mi corazón ultrajado: váyanse.
VALERIO (*furioso*).- ¡Ah! ¡Infeliz!
SR. CARONDAS.- Ese es nuestro despido. (*Salen.*)
CIDALISA.- Crueles, hasta qué punto me lo habían advertido.

Escena 10.- DAMIS, ROSALÍA, CIDALISA, MARTON, CRISPÍN.

CIDALISA.- Venga, Damis, venga; siento que su presencia me recuerda el exceso de mi ceguera.
DAMIS.- Allí están desenmascarados y el error solo tiene un momento. Están lo suficientemente castigados como para ya no temerles y ya no debe quejarse, señora.
CIDALISA.- A esos perversos les había sacrificado los deberes más sagrados e incluso la amistad. ¡Está bien vengado! Querida Rosalía, reconozco mis errores y que tu corazón los olvide; los reparo todos al darte a Damis.
DAMIS.- Va a hallar en mí los sentimientos de un hijo.
ROSALÍA.- Todos mis deseos se han cumplido y el cielo me devuelve a mi madre.
CRISPÍN.- Yo me caso con Marton para concluir el asunto.
MARTON (*al público*).- Distinguimos los rasgos de los sabios de estos días: desenmascaramos a los falsos y respetamos a los verdaderos.*

* Palissot de Montenoy. *Les philosophes*. París: Duchêne, 1760. Disponible en: www.theatre-classique.fr › edition



PALISSOT DE MONTENOY

Charles Palissot de Montenoy nació en Nancy el 3 de enero de 1730 y falleció en París el 15 de junio de 1814; fue un dramaturgo de Lorena, entonces región francesa, algo desconocido, admirador y discípulo de Voltaire, pero, resulta paradójico, a menudo lo denunciaron como un opositor anti-filósofo del Partido filosófico, en particular por su crítica a Diderot y a los Enciclopedistas. Es el autor de la comedia *Les Philosophes*, que tuvo un gran éxito y provocó un escándalo en 1760.



Palissot fue hijo de Hubert Palissot, célebre abogado de Nancy, y de una madre de origen burgués austriaco.¹ Mostró una precocidad tan extraordinaria que Dom Calmet lo mencionó en su *Bibliothèque de Lorraine*: ingresó muy joven en el colegio de los jesuitas en Nancy; luego, terminó sus estudios de Filosofía en la Universidad de Pont-à-Mousson, cuando tenía solo 12 años. Luego, siguió los cursos de Teología allí y, después, se trasladó a París, a la edad de catorce años, para estudiar Derecho, con la intención de ingresar al clero o al Colegio de Abogados.

Una vez en la capital, comenzó a frecuentar la Comédie Française y la élite social.¹ Entonces, compuso dos tragedias: *Pharaon* (1748), que no se representó, y *Zarès* (1751), que tuvo tres representaciones. Mientras tanto, y no sin haber realizado un breve paso por la Congregación del Oratorio, se casó cuando solo contaba con 18 años de edad. En una serie de cartas, que escribió entre 1750 y 1754, le describió, a su amigo Claude-Pierre Patu, sus encuentros con escritores como [Jean-François] Marmontel, aristócratas como la duquesa de Luxemburgo y el conde de Stainville, y las actrices [Clara Josefa Hipólita Leris] La Clairon y [Jeanne] Quinault.¹ En esas cartas, Palissot se presentó como un aspirante a escritor al margen de la corte, donde esperaba alcanzar la atención y el apoyo financiero que pudieran evitar que un hombre de letras deviniera esclavo de aquel que compraba sus obras.¹

Sus primeros intentos de versificación clásica y de tragedia atrajeron la atención del rey Estanislao I, en Nancy, donde, aunque había publicado solo algunos folletos, incluido un opúsculo de crítica en que alababa a Montesquieu y a Voltaire, lo admitieron, en 1753, en la Real Sociedad de Ciencias y Bellas Letras, de Nancy.² Esta admisión lo relacionó con el conde de Stainville, aristócrata de Lorena, futuro duque de Choiseul.¹ En 1754, su obra *Les Tuteurs* se recibió con éxito en la Comédie-Française; después, presentó una breve comedia sobre un tema oriental, *Le Barbier de Bagdad*. Protegido por el grupo de Choiseul, apoyado tanto por Voltaire³ como por el crítico [Élie-Catherine] Fréron, el joven autor parecía que iba a tener una carrera prometedora. Los poemas llenos de halagos dirigidos a grandes figuras de la Corte tuvieron su

¹ Gregory Brown, *A field of honor: writers, court culture, and public theater in French literary life from Racine to the Révolution*, Columbia University Press, 2002,

² «PALISSOT DE MONTENOY Charles», sur *Comité des travaux historiques et scientifiques (CTHS)*.

³ Al que visitó en Les Délices, el 14 de octubre de 1755.



recompensa en la forma de una nominación a la renta general del tabaco de Aviñón (1756), una posición lucrativa que le permitió comprar una hermosa propiedad en Argenteuil.

En 1755, cuando le habían encargado que compusiera una comedia con motivo de la inauguración de la estatua de Luis XV, en Nancy, en presencia del duque de Lorena, optó por presentar un desfile de ridículos, en la forma de *Les Fâcheux*, de Molière, en que se representaba a un filósofo, en el que se podía reconocer a Jean-Jacques Rousseau, que caminaba a cuatro patas y comía ensalada, así como la caricatura de Voltaire, en su célebre *Lettre à Rousseau*, del 30 de agosto del mismo año.

Creó que eso complacería al rey Estanislao, que había compuesto una refutación del *Discurso sobre las ciencias y las artes*, pero la obra, titulada primero *Les Originaux* y que, en definitiva, se llamó *Le Cercle*, provocó una campaña de denuncia por parte de d'Alembert y el conde de Tressan, gran mariscal de la corte de Lunéville y amigo de los Filósofos. Estanislao, influido por esta camarilla, habría censurado al joven autor, que se salvó debido a la intervención a su favor del mismo Jean-Jacques Rousseau.

Palissot, al entender que había alienado el campo de los Filósofos, devino su principal enemigo y terminó por la identificación con un partido anti-filosófico. Publicó *Petites lettres sur de grands philosophes* (1757), en que se burlaba de su tono imperioso y grandilocuente, sin atacar el fondo de su filosofía, a excepción de *Le Fils naturel*, de Diderot.

Luego, fue más lejos, a partir de las controversias en torno a la *Enciclopedia*⁴ y las tensiones entre su protector, el duque de Choiseul, y el Partido filosófico. Con el patrocinio del ministro y del Delfín, los Comédiens-Français representaron, el 22 de marzo de 1760, la comedia *Les Philosophes*, basada en una idea de Fréron, que había devenido la *bête noire* de Voltaire. La primera tuvo lugar el 2 de mayo, con una sala colmada. La obra, con el actor [Pierre-Louis Dubus] Préville, en el papel de Crispín, fue un gran éxito. Tuvo 14 presentaciones, lo que, en esa época, era mucho.

Esta obra, en extremo célebre, aunque, es curioso, poco se representa en la actualidad, tiene una trama comparable a la de *Les Femmes savantes*. El estilo es contundente y el sarcasmo que se dirige a los Filósofos resultan mordaces. Apuntan tanto a sus comportamientos como a sus ideas. Si Voltaire, el antiguo protector, a quien siempre admiró, se exceptúa, y a Rousseau esta vez lo trata bien, a Diderot lo ridiculiza en el personaje de Dortidio. La pieza también contiene referencias probadas a [Charles Pinot] Duclos y [Friedrich-Melchior, Baron von] Grimm.

La obra provocó una reacción irritada de Rousseau, que le escribió al librero Duchesne, que se la había enviado: «Mientras revisaba, señor, la obra que me envió, me estremecí al verme alabado allí.» Diderot, furioso, se vengó, en el póstumo, *Le Neveu de Rameau*, en el que lanzó ataques personales muy desobligantes, aunque inverificables, contra Palissot.⁵ Voltaire, a pesar de su simpatía por Palissot, solo se dedicó a defender al Partido filosófico con la obra *Le Café ou l'Écossaise*, presentada, con prudencia, como

⁴ El año 1759 había sido especialmente difícil para la *Enciclopedia*, entre la revocación de su privilegio, su condena por parte de Roma y la acusación de haber utilizado fraudulentamente grabados realizados por Réaumur, fallecido dos años antes. Este último asunto dio lugar a una investigación, que se prolongó hasta la primavera de 1760.

⁵ Denis Diderot, *Le Neveu de Rameau: dialogue*, París, Delaunay, 1821.



contra Fréron, al que se caricaturiza con el nombre de Wasp (Frelon, en inglés). Asimismo, [Michel-Jean] Sedaine simplemente se esforzó por rehabilitar el apelativo de «filósofo», en un nuevo género serio, el drama, con *Le Philosophe sans le savoir*, del mismo año.

Debido a estas reacciones, Palissot se vio obligado a continuar e intensificar su lucha. En respuesta a una sátira, que había publicado el Abbé Morellet, añadió un prefacio virulento a su obra, pero ya no recuperó el lugar destacado que esta comedia le había proporcionado en la vanguardia de la actualidad literaria. Su poema satírico, inspirado en [Alexander] Pope, *La Dunciade ou la Guerre des sots* (1764), en el que proseguía sus ataques contra los Filósofos, no tuvo tanto éxito. Luego, encontró muchos obstáculos para representar sus obras, *Le Satirique ou l'Homme dangereux* (1770) y *Les Courtisanes*. Los círculos devotos consideraron indecente a la segunda, mientras que la primera fue la ocasión de intrigas complicadas, en las que el mismo Palissot desempeñó un papel poco claro. Difundió el rumor de que la obra era de uno de sus enemigos y que allí lo atacaba. En definitiva, el gobierno llevó a que se prohibiera la obra: es probable que a pedido del Partido Filosófico, que tenía numerosos apoyos en la Corte y que había denunciado las maniobras del autor. En 1778, volvió a destacar a su antiguo protector con la publicación de un *Éloge de Voltaire* ditirámico.

En 1782, la Comédie-Française le rindió un homenaje con la puesta en escena de cuatro de sus obras, lo que incluyó a *Les Philosophes*, aunque en una versión atenuada. Le inspiró al joven Marie-Joseph Chénier una profunda admiración, devino su protector y, como él, acogió con entusiasmo la Revolución. Comenzó a perseguir a los actores «aristócratas» e incluso pronunció un discurso contra la religión en el Club des Jacobins, cuya virulencia atea alarmó incluso a Robespierre. Al mismo tiempo, comenzó una carrera como editor con las obras completas de Voltaire,⁶ Boileau y Corneille.

No obstante, los acontecimientos habían puesto a prueba su fortuna. Debió vender la hermosa propiedad que tenía en Argenteuil y ahora vivía en Pantin, en una casa pequeña, pero, en 1795, la Convención, según el informe de Marie-Joseph Chénier, le asignó una importante pensión. Entró en el movimiento de los Teofilántropos y devino uno de sus pontífices. Cuando se unió a Napoleón Bonaparte, en 1797, ingresó en el Conseil des Anciens al año siguiente, a nombre del Departamento de Seine-et-Oise y lo nombraron «bibliotecario administrador perpetuo» de la biblioteca Mazarino, el 6 de febrero de 1805. En 1806, publicó su último libro *Le Génie de Voltaire, apprécié dans tous ses ouvrages*, extraído de su edición de las *Obras completas*, que configura la imagen estilizada que las generaciones del siglo XIX tendrían sobre el gran escritor. A pesar del interés de su obra, no lo eligieron miembro del Institut de France, y siguió siendo solo miembro correspondiente, desde el 13 de febrero de 1796, debido al tenaz resentimiento de [Jacques-André] Nageon, amigo de Diderot, que hizo una campaña contra él.

A Palissot lo exhumaron en el cementerio de Père-Lachaise.⁷

⁶ Entregó una edición de Voltaire, en 55 vols. in-8° (1792, en Stoupe, imprimeur et Servière, libraire). Los comentarios del editor se reunieron en un volumen en 1806, con el título *Génie de Voltaire*.

⁷ J. B. Richard, *Le véritable conducteur aux Cimetières du Père La Chaise, Montmartre, Mont-Parnasse et Vaugirard*, París, Terry, 1836.



publicada en Lieja, en 1777, por Plomteux, en 6 vols., in-8°, a la que se añadió un séptimo volumen en 1779, cuando se publicó la segunda edición; la segunda, por la imprenta de Monsieur, en 1788, en 4 tomos, en 8° y, la última, publicada con la revisión del autor, en París, Collin, 1809, en 6 volúmenes in-8°.

El listado cronológico de sus obras es este: *Pharaon*, tragedia en 5 actos, en verso, no representada (1748); *Zarès*, tragedia en 5 actos, en verso (1751), (retitulada luego *Ninus second*); *Histoire des rois de Rome* (1753-1756); *Les Tuteurs*, comedia en 2 actos, en verso (1754); *Le Cercle ou Les Originaux*, comedia, (1755); *Petites lettres sur de grands philosophes* (1757); *Le Barbier de Bagdad*, comedia (1758); *Les Philosophes*, comedia en 3 actos, en verso (1760); *Les Nouveaux Ménechmes*, comedia en 5 actos, en verso (1762) (conocida con otros títulos: *Le Rival par ressemblance*; *Clerval et Cléon*; *Les Méprises*); *La Dunciade française ou la Guerre des sots*, poema satírico en 3 cantos (luego, ampliado a 10 cantos), (1764); *Le Satirique ou L'Homme dangereux*, comedia en 3 actos, en verso (1770); *Les Courtisanes ou L'École des mœurs*, comedia en 3 actos, en verso, (1775); *Éloge de Voltaire* (1778); *Mémoires pour servir à l'histoire de la littérature depuis François Ier jusqu'à nos jours* (1771), 2 vols. (con varias reimpressiones: 1775, 1803...); *Questions importantes sur quelques opinions religieuses* (1791) (con reediciones: 1793, 1797); *Le Génie de Voltaire apprécié dans tous ses ouvrages* (1806).

Bibliografía

- Daniel Delafarge, *La Vie et l'œuvre de Palissot*, París, Hachette, 1912, xxi, 554 p.
- Colin Duckworth, «Voltaire's *L'Écossaise* and Palissot's *Les Philosophes*: A strategic battle in a major war», *Studies on Voltaire and the 18th century*, Banbury (Oxfordshire), t. LXXXVII, 1972.
- Hilde H. Freud, «Palissot and "Les Philosophes"», *Diderot Studies*, Ginebra, tomo IX, 1967.
- Hervé Guénot, «Palissot, un ennemi de Diderot et des Philosophes», *Recherches sur Diderot et sur l'Encyclopédie*, vol. 1, 1986.
- Ernest Jovy, *Palissot et Gobet d'après des documents inédits: contribution à l'histoire des lettres et des mœurs littéraires sous le premier Empire*, Chalons-sur-Marne, Journal de la Marne, 1928, 258 p.
- Georges Saintville, «Lettres de jeunesse de Palissot», en *Mélanges Hugué*, París, Boivin, 1940, p. 336-347.
- Jacques Truchet, «Notice sur *Les Philosophes*», *Théâtre du XVIII^e siècle*, París, Gallimard, Bibliothèque de la Pléiade, 1974, t. II, p. 1383-1395.
- C. F. Zeer, «Palissot and Voltaire», *Modern Language Quarterly*, diciembre 1949.
- Hervé Guénot, «Charles Palissot de Montenoy (1730-1814)», *Dictionnaire des journalistes (1600-1789)*.*

* Charles Palissot de Montenoy. Disponible en: https://fr.wikipedia.org/wiki/Charles_Palissot_de_Montenoy